

Noticiario

«FELICIDAD».

Es uno de los cuentos del pequeño volumen de bolsillo de Katherine Mansfield. Bajo el ropaje de un estilo dinámico por la captación detallada de lo objetivo y cercano, cosas, ademanes que sugieren ambiente, permite vislumbrar la psicología del personaje. En realidad, es el lector quien se ve obligado a crear esta psicología, uniendo los destellos de ella que van apareciendo, con una sola hebra de tipo de personalidad.

Esto produce el fenómeno de aislar el proceso psicológico, de toda individualidad determinada y universalizarlo. Por ejemplo; no es lo mismo describir una clase de rosas oriundas de una isla de Oceanía, a disertar sobre la rosa en sí.

Los cuentos de Katherine Mansfield, son constataciones, deliciosas de colorido, de sutiles conmociones del espíritu femenino frente a acontecimientos que sólo su naturaleza puede captar con dramática intensidad. Los personajes son secundarios y se hace innecesaria la presentación y nombre de ellos en el transcurso del relato.

La narración se prende, en el primer cuento, al desenvolvimiento de un día en la vida de una mujer de clase económicamente desahogada y en cuyo hogar se mantienen relaciones con artistas y escritores.

Todos los trajines de una dueña de casa en día de recibo, son seguidos por la Mansfield, con objeto de constatar que el espíritu de aquella mujer (la del cuento) no descende de una persistente satisfacción de vivir y de esa plenitud algo absurda, casi orgánica, oleadas de felicidad que innundan a veces el ánimo, rejuveneciendo cada horizonte del espíritu. Satisfacción, ejemplo, porque todo ha sido realizado sin contratiempo y si éste surge, se le despoja de su carácter de tal y se le viste con prestado ropaje de algún motivo placentero. Satisfacción por determinadas disposiciones físicas, de situación social, de bienestar económico y por la personalidad de los seres que viven en él o circundan el corazón. Y todas estas satisfacciones se aunan en un casi insoportable sentimiento de plenitud.

Pero, sobre toda otra consideración, lo que intensifica esta atmósfera interior de felicidad en Berta, es el despertar que vibra en ella, de amor y deseo de su marido; vibración que nunca había sido muy trepidante.

Todo esto es «Felicidad». Pero llegada la noche, y después de una tertulia gratísima, porque la mujer está en amplia disposición de comprenderlo todo y dejar escurrirse por entre el tejido de benévola criba, los pequeños incidentes que pudieran rasguñar su sensibilidad, ve a su marido enamorado y deseando a otra mujer. Un espejo; un beso; unas palabras. Ella permanece inmóvil, próxima a una ventana abierta al jardín. Nada más.

El contenido dramático surge tan imprevisto, de aquella acunadora y plácida plenitud vulgar, que resulta uno de aquellos golpes de orquesta con que se corta una melodía idílica. Pero impresiona con realismo estremecedor.

En «Preludio» se limita a la descripción objetiva en medio de una familia numerosa y unida que habita una casa de campo.—Gente joven, niños y la anciana madre. Una «pastoral» de Mendelssohn o un paisaje de Watteau. Ritmo alegre cotidiano; armonía de espíritus; sol discreto y aterciopelado como un ancho pétalo; flores y travesuras infantiles, en guirnalda gloriosa

Pero... hay una joven que de pronto se contempla en el espejo y comprueba con cierto aletear de angustia en el pecho, el grosor y lustre de sus trenzas castañas; el hondor misterioso de sus amplios ojos tranquilos; la línea estilizada hasta la espiritualidad de su talle y nota que su pensamiento se dirige firme y porfiado hacia el marido de su hermana.

La nota dramática permanece apenas sugerida, pero con bien definida fuerza vital.

El arte de Katherine Mansfield, podría definirse como una maestría en la captación elegante y minuciosa del ambiente y del vivir de la rutinaria gente burguesa; pero este arte mantiene una tónica peculiarísima: la sugerencia dramática que permanece en cada una de sus obras, como una ventana entreabierta hacia un mundo que se presiente.

«FALUCHOS».

Se mantiene en el interés del lector esta obra de Leoncio Guerrero con prólogo extraído de «Puerto Mayor» de Mariano Latorre que da prosapia al libro, por la honrada y sostenida intención de señalar estéticamente, las tierras, los hombres y los caracteres que circundan la vasta desembocadura del Maule.

No escasea el vigor en las descripciones y cada color humano o de ambiente, está enfocado con gran sentido del realismo. La «distribución de acontecimientos» produce desequilibrio en la obra. De vez en cuando se percibe una aglomeración de incidentes desconectados entre sí, que desconcierta un poco. El curso de la vida del personaje central es lento y esta lentitud le resta energía como carácter y como fruto de aquella región de nuestra tierra.

Es innegable que el autor está animado de condiciones y de entusiasmo como para superarse en obras de este género.